

170. El cardenal Pedro llegó en Noviembre del año 879 á Constantinopla, y acto continuo, trató de orientarse de los asuntos en que iba á tomar una parte tan activa, por medio de los otros legados. Sin conocimiento alguno de la lengua griega, encontrábanse los tres en una situación harto difícil, sobre todo teniendo que habérselas con un hom-

bre tan astuto y ambicioso como Focio. Este pidió las cartas y documentos que se le remitían de Roma juntamente con la instrucción destinada á los mismos legados, á fin de mandar traducir todos estos escritos al griego y poder dar cuenta de ellos al próximo Sinodo. Pero en la versión de las cartas hizo el astuto bizantino las siguientes sustanciales alteraciones: 1.^a Se anuló y condenó el Concilio del año 869, cuyas decisiones mantenía explícitamente en pie el romano Pontífice, sustituyéndole con el pseudo-concilio del año 787. 2.^a Se suavizó extraordinariamente, hasta dejarla casi completamente anulada, la orden de que Focio pidiese perdón é indulgencia ante el futuro Sinodo. 3.^a Se expuso, bajo una forma incondicionada el acto por el que el Pontífice reconocía condicionalmente la dignidad patriarcal de Focio. 4.^a Se suprimieron las frases en que se hacía mención de Ignacio, como todas las que contenían alguna censura contra Focio, y la amenaza de excomunión para el caso en que no se abstuviese de toda jurisdicción en Bulgaria. 5.^a Se añadieron pomposos elogios á Focio.

De esta manera alteradas y falsificadas, se presentaron luego las cartas pontificias al Sinodo. Asimismo se prepararon cartas de los Patriarcas orientales, llenas de frases hinchadas y ampulosas que, además, fueron presentadas por apocrisarios de muy sospechosa conducta. Todas las cosas se dispusieron con habilidad consumada, para hacer desempeñar un papel desairado y casi ridículo á los legados romanos que, en todas las ocasiones, tuvieron enfrente de sí el voto previo, unánime é incondicionado de los prelados orientales. En efecto, para mejor augurar su triunfo había colocado de nuevo el heresiarca á sus parciales en los puestos más influyentes, y como, por otra parte, había consagrado un número exorbitante de Obispos, pudo reunir un Concilio enteramente adicto á su persona y tres veces más numeroso que el celebrado diez años antes para condenarle, en el cual se encontraron representadas, no solamente todas las provincias del patriarcado, sino también las de la Baja Italia y Sicilia, arrebatadas á la Sede Apostólica.

171. Focio ocupó la presidencia del pseudo-concilio, cuya primera sesión, después de la presentación de los legados pontificios, se abrió con las plegarias y saludos acostumbrados. Acto continuo tomó la palabra Zacarías de Calcedonia y pronunció un pomposo discurso en elogio de Focio, como si el objeto principal de la Asamblea fuese enaltecer á este personaje. En concepto del orador las incomparables virtudes y la sublime sabiduría del excelso Patriarca le habían granjeado el odio y la envidia de sus enemigos, como sucedió con el Salvador, introduciéndose así la confusión en su Iglesia; afirmó también que era nulo todo cuanto se había hecho anteriormente contra Focio; que, en propiedad,

el Sinodo era también innecesario y no tenía otro objeto que el de refutar las calumnias inventadas por un corto número de cismáticos y, principalmente dar satisfacción á la Iglesia de Roma, en la que se fundaban aquéllos, poniendo á salvo, como se debía en justicia, el honor de la misma. En este, como en la mayoría de los discursos allí pronunciados, se destaca el empeño de adulterar los hechos y de elevar á Focio, á vuelta de repugnantes adulaciones, al nivel del romano Pontífice, procurando hacer ver que el respeto y los honores que se le tributaban no eran más que justa recompensa de sus paternales devalos y de la santidad de su persona. El cardenal Pedro se vió precisado á presentar con aparatosa ostentación los regalos que el Papa ofrecía á su «santísimo cohermano.»

El 17 de Noviembre se celebró en Santa Sofía la segunda sesión, con mayor pompa que la primera, ocupando los legados romanos el lugar inmediato á Focio y el apocrisario de Alejandria el que seguía al de Jerusalem. Después de un discurso del cardenal Pedro, en lengua latina, traducido por intérpretes al griego, se leyó el escrito pontificio al Emperador en la versión adulterada hecha por Focio, con cuyo motivo dijo Procopio de Cesarea algunas palabras en elogio del Papa, que así había cumplido los deseos del Emperador, enviando al Concilio legados tan inteligentes. Elias, representante del patriarca de Jerusalem, hizo declaraciones contrarias á las del vicario del mismo Patriarca en el Concilio de 869, afirmando que dicha Iglesia había reconocido siempre á Focio como legítimo prelado; cuya declaración aprovechó el ya citado Procopio para demostrar que los Obispos de Oriente, como más allegados al Patriarca bizantino, habían tenido que adelantarse á los occidentales, pero que los legados romanos tenían la obligación de atraer á la unión, con eficaces exhortaciones, á los que aún se resistían á reconocer á Focio, efecto de compromisos contraídos bajo su firma; también para esto ofreció el cardenal Pedro su mediación, declarando que tanto él como sus dos colegas estaban dispuestos á usar de benevolencia antes de emplear la severidad.

Instados los griegos á dar una respuesta categórica sobre el contenido de las cartas pontificias, manifestaron que aceptaban las declaraciones del Pontífice en lo que hacían relación al reconocimiento de Focio; pero que los asuntos relativos al Imperio, como el de la Iglesia búlgara, eran de la exclusiva incumbencia del Monarca. Dada lectura de la carta del Papa á Focio, en la versión falsificada, el Cardenal legado puso á discusión el asunto de los Obispos partidarios de Ignacio; pero se dió por satisfecho con explicaciones ambiguas y con la declaración de que el Emperador sólo había desterrado á dos de ellos por motivos para-

mente políticos. Como el vicario pontificio pidiese explicitas aclaraciones sobre la cuestion búlgara, le aseguró Focio que estaba pronto a probar su inquebrantable adhesion al Pontífice romano, cediéndole parte de lo que á él le pertenecía, pero que en dicho asunto nadie podía resolver más que el Emperador, el cual, segun la pomposa observacion de los metropolitanos de Cesarea y Efeso, «una vez sometidos á su centro todos los pueblos de la tierra, trazaria, de una manera irrevocable, los limites de las diócesis;» y muchos Obispos añadieron á esto que no era de la incumbencia del Sinodo determinar los limites de las jurisdicciones patriarcales. Viendo que nada lograba por este lado, atacó Pedro la cuestion de cómo Focio había tomado de nuevo el gobierno de su diócesis sin la autorizacion del Pontífice. Los focianistas excusaron ese acto con la aprobacion de los tres Patriarcas orientales, con el deseo unánime de la Iglesia bizantina y la voluntad explicita del Emperador. El mismo Focio pronunció entónces un discurso muy brillante en su propia defensa, que fué recibido con grandes aplausos, y con iguales muestras de aprobacion se recibió la lectura de las cartas de los Patriarcas de Oriente. Todas estas manifestaciones extemporáneas no tenían más objeto que el de hacer representar á los legados romanos un papel desairado; cuando se trató de la absolucion de Tomás de Tiro, que en documentos presentados al exámen del Sinodo se mostraba arrepentido de haber tomado parte en el Concilio del año 869, pretendieron los griegos que el caso debía reservarse á Focio, dejando al Pontífice la confirmacion de lo que aquél hiciera.

172. Este fué el procedimiento seguido en la sesion tercera, del 19 de Noviembre; leyéronse en ella el escrito pontificio á los Obispos de Oriente y algunas cartas de prelados orientales; Procopio de Cesarea y Zacarías de Calcedonia defendieron las promociones de seglares que tan duramente había vituperado el Papa; se condenó á los vicarios orientales del Concilio del año 869, calificándolos, como ya lo había hecho Focio, en escritos privados, de embaucadores y enviados de los sarracenos; la lectura de la Instruccion pontificia, en la falsa traduccion de Focio, sirvió de pretexto para condenar, una vez más, todas las decisiones del octavo Concilio, y dirigir extremados ataques á esta Asamblea. El orgullo del heresiarca no quedó satisfecho hasta que se redactó una declaracion explicita negando á dicha Asamblea el carácter de Sinodo.

Desde esta sesion hasta la cuarta que se celebró el 24 de Diciembre del 879, trascurrieron treinta y cinco dias. Los legados romanos emplearon este intermedio para ganar en favor de Focio á los partidarios de Ignacio que aun oponían resistencia. Segun parece, murió tambien

entónces Gregorio Asbestos, amigo y consagrante de Focio, á quien este dedicó brillantes oraciones fúnebres y pomposos epitafios. En la cuarta sesion fué presentado como legado de Antioquia cierto arzobispo Basilio de Martiropolis, que entregó cartas de Teodosio, patriarca de dicha ciudad, y de Elias III, promovido recientemente á la Silla patriarcal de Jerusalem. Con este motivo se cambiaron felicitaciones por la conformidad que mostraban todos los Patriarcas; tributáronse nuevos elogios al «santisimo Patriarca,» de quien «todos saben que Dios vive en él,» segun la expresion del pretendido legado de Jerusalem; se dió á conocer un informe en que el cardenal Pedro exponia sus gestiones para reducir á los ignacianos á la obediencia de Focio; se discutieron las condiciones propuestas por el pontífice Juan VIII, en la forma en que las había dado á conocer el usurpador, sin que se llegase á hacer sobre ellas ninguna concesion esencial, y hasta se calificó de impracticable el mandato de no promover seglares á la dignidad de Obispos; pero en cambio se condenaron los Sinodos que se habían celebrado contra Focio, y se pronunció la censura contra los griegos que no mantuviesen comunion con el usurpador.

A propuesta del cardenal Pedro se celebró al dia siguiente con gran pompa la fiesta de Navidad, tomando parte en esta solemnidad religiosa todos los asistentes al conciliábulo focianista. Terminadas ya las festividades de la Iglesia, y previas algunas deliberaciones preliminares, se reunió la sesion quinta el 26 de Enero del 880. A propuesta de Focio se adoptó la resolucion de considerar el Sinodo del año 787 como sétimo Concilio ecuménico, aunque no estaba aún reconocido en todas partes, y por iniciativa de los legados romanos, á quienes se concede en esta sesion, á lo ménos en las actas, un lugar preeminente, se estableció un cánon en virtud del cual cada uno de los dos Patriarcas de la antigua y nueva Roma debía aprobar las censuras y las destituciones impuestas por el otro, con lo que se dió el primer paso para colocarlos á igual altura; Focio presentó á la aprobacion del pseudo-sinodo otro por el que se prohibía el ejercicio de las funciones episcopales á los prelados que hubiesen abrazado la vida monástica, y un tercer cánon presentado por varios Obispos, pronunciaba el anatema contra los seglares que maltratasen á los prelados ó los cogiesen prisioneros. Por último, se dirigió á Metáfanos de Smyrna una invitacion á la concordia, que no fué atendida, pero se dejó á Focio su condenacion definitiva. Terminados los asuntos que debía tratar el Sinodo, cerró Focio las discusiones con un discurso en el que dió gracias á sus favorecedores, y los concurrentes firmaron á seguida las actas, con los Obispos Pablo y Eugenio á la cabeza.

Stylian. p. 452. Nicet. 285 sig. Conc. Phot. act. II. III. Mansi, XVII. 424 sig. 464 sig. Joh. VIII. opp. 199-203. Jaffé, n. 2491 sig. 2495. Conc. Rom. Mansi, I. c. p. 359 sig. 473. Photius II, p. 308 sig. 379 sig. Las cartas latinas de Juan VIII y la version falsificada por Focio en Mansi, XVI. 479 sigs. XVII. 136 sig. 395 sig. En mi ob. cit. II, p. 396-416 he hecho un estudio comparado de ambos textos, presentando cuantos detalles son necesarios para la inteligencia de la cuestion. Acerca de los legados y cartas de los patriarcas orientales Ibid. p. 416-449; y datos sobre los individuos que tomaron parte en el sínodo focianista p. 449-463.

Sesiones supletorias del Sínodo focianista.

173. Celebráronse todavía dos sesiones suplementarias. El 10, según otros el 12 de Marzo, reunió Focio á los representantes de los Patriarcas y á 18 metropolitanos en el palacio imperial, asistiendo á esta sesion el Emperador y sus hijos Leon y Alejandro. Despues de una alocucion del Monarca, en la que dijo que había permanecido alejado de las discusiones del Sínodo para dejarle completa libertad de accion y evitar calumnias interpretaciones, pidió que se publicase una exposicion de la fe, con sujecion á las enseñanzas de los Santos Padres (y segun las teorías de su Patriarca, por supuesto); se adoptó el símbolo de Nicea con la adición admitida en Constantinopla, año 381, como norma de fe, prohibiendo, bajo pena de excomunion, introducir adición alguna, ó hacer en él modificaciones ó supresiones. Focio, haciendo caso omiso de sus anteriores acusaciones, no quería atacar directamente á la Iglesia romana, con la que acababa de ajustar una paz aparente, pero la resolución expresada le dejó abierto el camino para renovar la antigua contienda contra la adición del *Filioque*, en el caso de que el Pontífice desaprobase la conducta de sus delegados. La cuestion dogmática era para él asunto de secundaria importancia; así vemos que la emplea como arma cuando le conviene, por ejemplo, en su discusion con el papa Nicolao, mientras que con Juan VIII no la menciona apenas, en tanto que éste se mostró favorable á sus planes; por eso tambien trató de tener á mano esa arma que le prestó luego tan buenos servicios. El Emperador firmó asimismo las indicadas resoluciones, siendo aclamado por la concurrencia.

El domingo siguiente se celebró la sétima sesion en Santa Sofia, y en ella se anunció la declaracion dogmática acordada, se dió á conocer la alocucion imperial y se condenó definitivamente todo cambio introducido en el Símbolo. Procopio de Cesarea hizo un nuevo panegirico del Emperador y del «Patriarca ecuménico;» á quien proclamó sumo sacerdote del orbe entero, diciendo que sus adversarios tendrían parte en

el patrimonio de Júdas. De suerte que las deliberaciones de esta Asamblea terminaron como habían empezado: con hinchados y pomposos elogios al heresiarca.

Carta apócrifa de Juan VIII.

Las actas que han llegado á nosotros presentan todos los caracteres de una obra bizantina, en el genuino sentido de la palabra, penetrada en todas sus partes del astuto y agudo ingenio de Focio. Pero si las actas son, con entera seguridad, auténticas, no sucede lo propio con una supuesta carta de Juan VIII, que ni siquiera guarda relacion alguna con este Sínodo y es de origen posterior, en la cual se hacen declaraciones contrarias á la adición del Filioque, que se califica de impropia, pero advirtiendo que debe hacerse desaparecer con prudencia y paulatinamente, en atención á la tendencia que predominaba sobre este particular en Occidente. Al renovarse más tarde la polémica focianista y muerto ya el Pontífice Juan VIII, no tuvo reparo el usurpador en apoyar sus doctrinas y pretensiones en la autoridad del mencionado Papa, cuyas ideas favorables á Focio se manifestaban en la pretendida carta, que signos bien patentes, internos y externos, hacen aparecer como una fabricación focianista.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 173.

Pa. Synod. Photiana Mansi, XVII. 373 sig. Una traducción incompleta, en estilo algo bárbaro, pero correcta, de estas actas, in act. I se encuentra en Deusdedit Coll. can. p. 513-520 al final. En Act. II p. 514 figura el legado de Alejandria ántes que el de Antioquia y de Jerusalem; pero los pasajes de las opp. Joh. VIII. p. 515-517 que allí se leyeron se encuentran reproducidos de la version falsificada por Focio; tambien se lee la observacion: Synodus etiam synodum solvit propter unitatem et pacem Ecclesiae, que se cita en relacion con el Conc. Afric. De una manera brusca y sin conexión se incluyen, p. 517, las declaraciones del cardenal Pedro sobre la vuelta de los disidentes á la comunión con Focio, segun Matth. XVIII, 15-17 (Mansi, I. c. p. 408). El extracto aludido, aunque incompleto, viene á confirmar la variante adoptada por mí: *ἡ δὲ ἐκκλησία γὰρ ὡς ποτε* (Mansi, p. 417), cuya demostracion expuse en la cit. ob. II p. 476, toda vez que en la pág. 518 se dice: Nos tertium jam annum in sacerdotali throno habentes. Del acta II sólo da la traducción expresada el *Commonitorium* pontificio falsificado, con nueve firmas de Obispos italianos; del acta IV únicamente la mocion del cardenal Pedro, proponiendo celebrar, en union con Focio, la festividad religiosa, con el asentimiento del Sínodo; de la V el canon 1.º, algunas aclaraciones al canon 2.º, con el texto del mismo y las firmas. Tambien Pitra, Jur. eccl. Gr. II. 142 sigs. da los tres cánones griegos con algunas variantes; los mismos se reproducen Append. Coislin. juntamente con la enumeracion de los siete Concilios ecuménicos, el anatema pronunciado contra los que rehúsen reconocerlos (c. 1-8), y por último nuestros Cánones (c. 9-11). Acerca de este Sínodo véase tambien Antonin. Flor. Sum. hist. p. III tit. 22 c. 13 § 10. Bellarm. De Conc. I. 5. Baron.

a. 879 n. 63 sig. L. Allat., De Eccl. Occid. et Or. perp. cons. L. II c. 3 y De octava Synodo Photiana. Rom. 1662. Dollinger, I p. 304-306. Héfele, IV p. 448 y mi ob. cit. II p. 463-540. La carta apócrifa de Juan VIII se reproduce en Baron. l. c. n. 54 sigs. Bever., Pand. can. II, II. 306. Mansi, XVII. 239. 523 ep. 320. Jaffé, n. 2597. Héfele, con la mayoría de los eruditos (C.—G. IV, p. 465), han admitido la sustitucion, hipótesis que yo he sostenido en mi ob. cit. II p. 541-551, contra la opinion de Pichler (Gesch. der kirchl. Trennung I p. 200 n. 1. Comp. § 5 de este tomo).

Nuevas medidas de Focio.

174. Focio adoptó cuantas medidas de precaucion le sugirió su ingenio. En primer lugar se informó de los legados acerca de los Obispos más influyentes en la curia romana, cuyas firmas aparecian en las actas del Sinodo de Juan VIII, y les entregó cartas y regalos para Zacarias de Anagni, con quien trabó amistad el año 861, para Marino, obispo de Ceara, que el 869, siendo diácono, desempeñó una de las presidencias del octavo Concilio y para Gauderico, obispo de Velletri. Otro de sus acuerdos fué devolver á la Santa Sede el monasterio de San Sergio, en Constantinopla; además escribió al Pontífice prometiéndole, aunque de una manera vaga, socorros para el arreglo de los asuntos de Italia; en cambio se excusó de no haber pedido perdon al Sinodo, segun los deseos del Papa, ya porque su conciencia no le argüía de haber cometido ningun delito, ya tambien por el daño que tal humillacion ante sus subordinados habia de acarrear á su prestigio; respecto de Bulgaria manifestó hallarse dispuesto á atender las reclamaciones de la Sede romana, pero declinó en el Emperador toda la responsabilidad de un asunto que, segun él, era de la competencia del soberano, y terminó su escrito diciendo que los excelentes apocrisarios pontificios darian cuenta de todo lo demas. De esta manera despidió á los legados, cargados de ricos presentes, pero completamente envueltos en un tejido de mentiras y sofismas de que no se dieron cuenta, ya por su desconocimiento de la lengua griega, ya tambien por no hallarse á la altura de la astuta y sagaz politica bizantina. Entretanto Focio se dedicó á preparar colectáneas históricas á fin de hallarse dispuesto á refutar cualquier objecion que se le hiciera, fundada en anteriores ejemplos tomados de la misma Iglesia griega y de poder justificar, al ménos en apariencia, su conducta.

El romano Pontífice condena nuevamente á Focio.

175. En Agosto del año 880 llegaron á Roma los legados con las actas del Sinodo y las cartas del Emperador y del Patriarca. El Papa dió inmediatamente orden de traducir el texto griego al latin, tarea

que á la sazón ofrecia no pocas dificultades en Roma, y antes de hallarse terminado el trabajo escribió á Basilio y á Focio notificándoles que, en términos generales, aprobaba las resoluciones adoptadas, pero que negaria su aprobacion á todo lo que se hubiese acordado contra las instrucciones comunicadas á sus legados y desde luégo lo declaraba nulo y lo tenia por no acordado. Vituperó tambien el orgullo de Focio que, aconsejado por una mal entendida dignidad, rehusó pedir perdon ante el Sinodo; le volvía á advertir que sólo por misericordia le habia reconocido y le exhortó á precaverse de los excesos del amor propio y de la justificacion farisaica.

El Pontífice dispuso la salida de una nueva embajada para la corte bizantina, designando jefe de la misma al incorruptible obispo Marino. Desde los primeros momentos descubrió éste las astucias y los innobles manejos de Focio, á los que se opuso con tal valor y franqueza, que el emperador Basilio le retuvo treinta dias prisionero y no le devolvió la libertad hasta los primeros dias del año 881. Despues de oir los informes de Marino, Juan VIII, por más que hubiese deseado ardientemente mantener amistosas relaciones con la corte de Bizancio, pronunció *ex cathedra* y con gran solemnidad el anatema contra Focio, que, no sólo habia osado engañar con astucias y de mil maneras á la Santa Sede, sino que habia tratado de humillarla, valiéndose de repetidas falsificaciones. Cuando Marino ocupó la Silla de Pedro condenó de nuevo el Sinodo focianista, cuyas actas ya se habian traducido; algunas de sus decisiones pasaron á formar parte de las colecciones canónicas de Occidente, sin duda por torpeza de los coleccionistas.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 174 Y 175.

Tres cartas de Focio á otros tantos Obispos de Occidente, en Bever. II, II p. 290 sigs., y con mejoras tomadas de otros manuscritos en mi ob. cit. II p. 558-558. Joh. VIII. ep. 251 p. 156. Phot. Collect. et Demonstr. de Ep. et Metrop. ap. Fontani, Nov. delic. erudit. Flor. 1735, I, II p. 1-80. Migne, t. 104. Baletta, Phot. epist. p. 550 sig. y Photius II p. 558-570. Joh. ep. 250. 251. Mansi, XVII. 184 sig. Jaffé, n. 2513 sig. Stephan. VI. ep. ad Basil. Mansi, XVI. 421 sig. Append. Conc. VIII. ib. p. 449, 452, 456. Dollinger, I p. 396. Héfele, IV p. 466 sigs. Photius II p. 573-578.

Carta al papa con la firma